

Agatha Christie

Némesis

Traducción de Alberto Coscarelli



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Nemesis © 1971 Agatha Christie Limited. All rights reserved.

AGATHA CHRISTIE, MARPLE and the Agatha Christie Signature are registered trademarks of Agatha Christie Limited in the UK and elsewhere. All rights reserved. www.agathachristie.com

Agatha Christie Roundels Copyright © 2013 Agatha Christie Limited. Used with permission.

Agatha Christie[®]

Traducción de Alberto Coscarelli © Agatha Christie Limited. All rights reserved

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Grupo Planeta Argentina S.A.I.C.

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta
Ilustración de la cubierta: © David Sierra
Primera edición en Colección Booket: julio de 2023

Depósito legal: B. 10.776-2023
ISBN: 978-84-08-27563-3
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

Capítulo 1

Prefacio

Miss Jane Marple tenía la costumbre de leer por las tardes su segundo periódico. Cada mañana recibía en su casa dos diarios. El primero lo leía mientras tomaba el primer té del día, siempre, claro está, que se lo entregaran a tiempo. El chico que repartía los periódicos era bastante errático en la administración de su tiempo. También con bastante frecuencia se daba el caso de que se tratara de un repartidor nuevo o de algún otro chico que reemplazara temporalmente al primero. Todos parecían tener opiniones diferentes respecto a las rutas geográficas a seguir en el reparto. Quizá lo hacían para aliviar la monotonía, pero para aquellos clientes acostumbrados a leer el periódico a primera hora para enterarse de las noticias más interesantes del día antes de salir de sus casas para coger el autobús, el tren o cualquier otro sistema de transporte que los llevara a su trabajo, era un fastidio no tenerlo a tiempo. Lo cierto era que las señoras maduras y ancianas que residían beatíficamente en St. Mary Mead eran todas partidarias de leer el periódico mientras desayunaban en la cama.

Hoy, Miss Marple había leído la primera plana y algunos de los artículos publicados por el periódico, que ella había rebautizado con el nombre de «Cajón de sastre», como una alusión satírica al hecho de que el *Daily News-giver*, debido a un cambio de propietario, se dedicaba ahora, con gran enfado por parte de ella y de muchas de sus

amigas, a publicar artículos sobre moda masculina, cotilleos femeninos, competiciones infantiles y una sección de cartas de las lectoras, al tiempo que se las había apañado con considerable éxito para desplazar las noticias a algún oscuro rincón donde resultaba imposible encontrarlas. Miss Marple, chapada a la antigua como era, prefería que los diarios le suministraran noticias, y no tonterías.

Por la tarde, después de comer y de echar una cabezadita de veinte minutos en una butaca de respaldo recto, comprada especialmente por ser muy adecuada para aquellos que tenían dolores reumáticos en la espalda, había abierto *The Times*, que se prestaba a una lectura más tranquila. No es que *The Times* ahora ya no fuera lo que había sido. Lo irritante con este periódico es que ya no encontrabas nada. En vez de comenzar por la portada y saber exactamente dónde estaba todo de forma que se pudiera ir sin tropiezos a cualquier artículo sobre temas que te interesaban, ahora se producían cambios extraordinarios en un orden ratificado por el paso de los años. Sin venir a cuento, aparecían dos páginas dedicadas a una visita turística a Capri con abundantes fotos. Los deportes parecían recibir una atención mucho más importante que en épocas pasadas. Sólo las crónicas de los juzgados y las necrológicas se mantenían algo más fieles a la rutina. Los nacimientos, los matrimonios y los fallecimientos, que habían merecido una dedicación especial por parte de Miss Marple, sobre todo porque aparecían en un lugar prominente, habían recorrido diversas páginas del periódico, aunque ahora, según había observado ésta, habían encontrado un refugio más o menos permanente en la última.

Miss Marple dedicó su atención en primer lugar a los titulares de portada. Tampoco se entretuvo demasiado porque era prácticamente lo mismo que había leído por la mañana, si bien presentado de una manera un poco más digna. Echó un vistazo al sumario: artículos, comentarios,

ciencia, deporte; luego, fiel a su costumbre, pasó a la última página para una rápida lectura de los nacimientos, matrimonios y fallecimientos, antes de ir a las cartas de los lectores, donde siempre encontraba algo interesante. Después pasaría a las crónicas de los juzgados, que compararía página con las subastas. También incluía algunos artículos breves de ciencia, pero no los leía porque casi nunca los entendía.

Ahora que miraba la última página, Miss Marple se dijo a sí misma, como en tantas ocasiones anteriores: «Es muy triste, pero en la actualidad los únicos que me interesan son los muertos».

Las parejas tenían hijos, aunque no era probable que Miss Marple conociera ahora el nombre de nadie en condiciones de tener hijos. Si algún día decidían incluir una columna dedicada a nietos, era posible que se llevara una grata sorpresa: «Vaya, vaya, así que Mary Prendergast ha tenido su tercera nieta», pero incluso eso era algo muy remoto.

Pasó rápidamente por la columna de matrimonios, porque la mayoría de los hijos e hijas de sus viejos amigos ya se habían casado hacía años, y llegó finalmente a las necrológicas. Aquí sí que se concentró para asegurarse de que no se le escapaba ningún nombre: Alloway, Angopastro, Arden, Barton, Bedshaw, Burgowiseer (cielos, que nombre más alemán, aunque aparentemente era alguien de Leeds). Carpenter, Camperdown, Clegg... ¿Clegg? ¿Sería uno de los Clegg que ella conocía? No, no parecía serlo. Janet Clegg. En algún lugar de Yorkshire. McDonald, McKenzie, Nicholson. ¿Nicholson? No. Una vez más, no podía ser uno de los Nicholson que ella conocía. Ogg, Ormerod, ésta debía de ser una de sus tías, se dijo. Sí, era lo más probable. Linda Ormerod. No, no la había conocido. ¿Quantril? Vaya, ésta no podía ser otra que Elizabeth Quantril. Ochenta y cinco. ¡Vaya, vaya! Llevaba años convencida de que Eliza-

beth Quantril estaba muerta. ¡Curioso que llegara a vivir tanto! Siempre había tenido el aspecto de ser una persona muy delicada. Nadie había esperado que llegara a vieja. Race, Radley, Rafiel. ¿Rafiel? Algo se removió en su interior. El nombre le resultaba conocido. Rafiel. Belford Park, Maidstone. No, no recordaba esa dirección. No enviar flores. Jason Rafiel. Por cierto, era un nombre poco corriente. Supuso que lo había oído en alguna parte. Ross-Perkins. ¿Podía tratarse de...? No. ¿Ryland? Emily Ryland. No. Nunca había conocido a ninguna Emily Ryland. Muy amada por su esposo e hijos. Bueno, muy bonito o muy triste, según como se mirara.

Miss Marple dejó el periódico y miró distraída los crucigramas mientras intentaba recordar por qué el nombre Rafiel le resultaba conocido.

«Ya lo recordaré —pensó Miss Marple, conocedora por experiencia propia de la manera en que funcionaba la memoria de las personas mayores—. No tengo la menor duda de que lo recordaré.»

Contempló el jardín a través de la ventana, desvió la mirada e intentó borrarlo de su mente. El jardín había sido fuente de inmenso placer para ella y también de mucho trabajo duro durante muchos, muchísimos años. Ahora, debido al capricho de los médicos, le estaba absolutamente prohibido trabajar en su jardín. Una vez había intentado luchar contra la prohibición, pero después había decidido que más le valía aceptar lo que le habían dicho. Acomodó su butaca en una posición desde la que resultaba prácticamente imposible ver el jardín, a menos que quisiera hacerlo con una intención determinada para ver algo en particular. Suspiró, cogió su bolsa de labor y sacó un jersey de bebé a medio tejer. Tenía acabados la espalda y el pecho. Ahora tenía que seguir con las mangas, algo la mar de aburrido. Dos mangas, exactamente iguales. Sí, muy aburrido. Sin embargo, era una lana de un color rosa muy bonito. Lana

rosa. Un momento, ¿dónde encajaba la lana rosa? Sí, sí, encajaba con el nombre que acababa de leer en el periódico. Lana rosa. Un mar azul. El mar Caribe. Una playa de arena blanca. Sol. Ella tejiendo y, claro, por supuesto, Mr. Rafael. El viaje que ella había hecho al Caribe. A la isla de St. Honoré. Un obsequio de su sobrino Raymond. Y entonces recordó la advertencia de Joan, su sobrina política, la esposa de Raymond: «No se mezcle en más asesinatos, tía Jane. No es bueno para usted».

Bueno, ella no había querido mezclarse en ningún asesinato, pero así habían ocurrido las cosas, sin más, sencillamente porque un viejo comandante con un ojo de cristal había insistido en contarles unas historias interminables y aburridísimas. Pobre comandante. ¿Cómo se llamaba? Lo había olvidado. Mr. Rafael y su secretaria, Mrs... Mrs. Walters, sí, Esther Walters, y su asistente masajista, Jackson. Ahora lo recordaba todo. Bueno, bueno. Pobre Mr. Rafael. Así que Mr. Rafael estaba muerto. Sabía que no tardaría mucho en morir. Él mismo casi se lo había dicho. Por lo visto, había durado más de lo que habían creído los médicos. Era un hombre fuerte, obstinado y muy rico. Miss Marple continuó recordando, mientras trabajaba mecánicamente en la prenda infantil. Su mente estaba puesta en el difunto Mr. Rafael e intentaba recordar todo lo posible. En realidad no era un hombre fácil de olvidar. Lo veía en su imaginación con toda claridad. Sí, una personalidad muy definida, un hombre difícil, irritable, de una rudeza en ocasiones sorprendente. No obstante, nadie se molestaba nunca por su rudeza, eso también lo recordaba. No se molestaban porque era muy rico. Sí, había sido millonario. Llevaba con él a una secretaria y a un asistente masajista. No podía moverse demasiado bien sin ayuda.

El asistente había sido un personaje un tanto extraño, recordó Miss Marple. Mr. Rafael lo había tratado sin el me-

nor miramiento, y él nunca parecía molestarse. Una vez más, por supuesto, porque Mr. Rafael era tan rico.

—Nadie más le pagaría ni la mitad de lo que le pago —había dicho Mr. Rafael—, y él lo sabe. Claro que es muy bueno en su trabajo, todo hay que decirlo.

Miss Marple se preguntó si ¿Jackson? ¿Johnson? se habría quedado con Mr. Rafael durante lo que podía haber sido ¿un año? Un año y tres o cuatro meses. Se respondió a sí misma que no. Mr. Rafael era una persona a la que le gustaban los cambios. Se cansaba de las personas, de sus modales, de sus rostros, de sus voces.

Esto era algo que Miss Marple comprendía. Había sentido lo mismo en algunas ocasiones con aquella dama de compañía, aquella mujer atenta, agradable y una pesada de cuidado, con aquella voz melosa... «Ah, sin duda fue un cambio para bien que se marchara.»

Rayos y truenos, ahora había olvidado su nombre. ¿Miss Bishop? No, no era Miss Bishop. Qué confuso era ahora todo.

Volvió a pensar en Mr. Rafael y en..., no, no era Johnson, el nombre era Jackson. Arthur Jackson.

«Siempre me equivoco cuando se trata de los nombres. Aquella mujer era Miss Knight. No Miss Bishop. ¿Por qué he pensado en ella como Miss Bishop?» La respuesta fue inmediata. El ajedrez. Una pieza de ajedrez. Un caballo, un alfil.

«La próxima vez que la recuerde diré que se llama Miss Castle o Miss Rook,* aunque realmente no era de esa clase de personas que podrían enrocar a nadie. Seguro que no. ¿Cuál era el nombre de la bonita secretaria de Mr. Rafael? Ah, sí. Esther Walters. Correcto. ¿Qué se ha-

* Los cuatro apellidos que se acaban de nombrar aluden al juego del ajedrez: Knight («caballo»), Bishop («alfil»), Castle («torre») y Rook («enroque»).

brá hecho de Esther Walters? ¿Heredó dinero? Seguramente ahora heredaré algo.»

Recordó que Mr. Rafael le había comentado algo al respecto, o ella había... ¡Qué confuso resultaba todo cuando intentaba precisar algo! Esther Walters. Aquel asunto en el Caribe había sido un golpe tremendo, pero seguramente lo había superado. Era viuda, ¿no? Miss Marple confiaba en que Esther Walters estaría ya casada con algún hombre bueno, amable y digno de toda confianza. Sin embargo, era poco probable. Esther Walters, se dijo, tenía una habilidad innata para casarse con los hombres que menos le convenían.

Miss Marple volvió a pensar en Mr. Rafael. «No enviar flores», se dijo. No es que a ella se le hubiera pasado por la cabeza enviarle flores a Mr. Rafael. Habría podido comprar todos los invernaderos de Inglaterra. Además, no había ninguna razón para enviarle flores. No habían sido amigos. Habían sido... ¿cuál era la palabra adecuada? Aliados. Sí, habían sido aliados durante un período muy corto. Un período muy emocionante, y él había sido un aliado muy valioso, eso lo tenía claro. Lo había pensado mientras corría a buscarlo en medio de una noche caribeña. Recordó que ella llevaba aquella prenda de lana rosa. ¿Cómo la llamaban cuando era joven? Una mantilla, un chal de lana rosa que ella llevaba en la cabeza, y él la había mirado y se había echado a reír y, más tarde, cuando ella pronunció una palabra —sonrió al recordarlo—, él se rio aún más, pero al final ya no se reía nada de ella. No, hizo lo que le había pedido y, por tanto... ¡Ah! Miss Marple tenía que admitir que todo había sido muy emocionante. Nunca se lo había comentado a su sobrino ni a su querida Joan porque, después de todo, hizo precisamente lo que le habían dicho que no hiciera. Miss Marple asintió mientras murmuraba: «Pobre Mr. Rafael. Espero que no haya sufrido».

Seguramente no. Lo más probable era que los médicos

lo hubiesen tenido sedado para que tuviera una muerte tranquila. Había sufrido mucho durante aquellas semanas en el Caribe. El dolor no lo había abandonado casi nunca. Un hombre valiente.

Lamentaba su muerte porque, aunque era un hombre mayor, inválido y enfermo, el mundo había perdido algo con su desaparición. No tenía mucha idea de cómo debía de haber sido en el mundo de los negocios. Despiadado, se dijo, rudo, prepotente y agresivo. Un gran adversario, pero un buen amigo. Alguien dotado en lo más profundo de una bondad que se había cuidado mucho de ocultar. Un hombre digno de su respeto y admiración. Bueno, lamentaba su muerte, aunque confiaba en que a él no le hubiera importado mucho y que hubiese muerto sin sufrimientos. Ahora incinerarían el cadáver y depositarían sus cenizas en algún grande y elegante mausoleo de mármol. Ni siquiera sabía si había estado casado. Nunca mencionó a una esposa o que tuviera hijos.

¿Era un hombre solitario o su vida había sido tan plena que nunca se había sentido solo?

Aquella tarde dedicó mucho tiempo a pensar en Mr. Rafiel. Nunca había esperado volver a verlo a su regreso a Inglaterra y nunca se habían vuelto a encontrar. No obstante, por curioso que le pareciera, siempre había tenido la sensación de que habría podido ponerse en contacto con él en cualquier momento si él la hubiese llamado o le hubiera sugerido que se volvieran a encontrar, llevado quizá por el vínculo surgido por haber salvado una vida entre ambos. Un vínculo...

—Sin duda —exclamó Miss Marple, escandalizada por lo que se le acababa de ocurrir—, no es posible que el hecho de ser despiadados nos uniera. ¿Soy una persona despiadada? Esto es extraordinario. Nunca me lo había planteado. Aunque creo que podría serlo.

Se abrió la puerta y asomó la cabeza una joven morena.

Se trataba de Cherry, la bienvenida sucesora de Miss Bishop, no, Miss Knight.

—¿Decía usted algo? —preguntó la muchacha.

—Estaba hablando conmigo misma. Sólo me preguntaba si podría ser despiadada.

—¿Quién, usted? ¡Nunca! Es la bondad en persona.

—En cualquier caso —insistió la anciana—, creo que podría serlo si hubiera una causa justificada.

—¿A qué llamaría usted una causa justificada?

—La causa de la justicia.

—Admito que se mostró usted feroz con el pequeño Gary Hopkins —señaló Cherry— el día que lo pilló torturando a su gato. ¡Nunca había visto nada igual! ¡El pobre se llevó un susto de muerte! No lo ha olvidado.

—Espero que no haya vuelto a torturar a ningún otro gato.

—Si lo ha hecho, se habrá asegurado de que no estuviera usted cerca, y creo que el susto también se lo llevaron los otros niños que lo acompañaban. Al verla a usted con esas prendas de lana tan bonitas que teje y todo eso, cualquiera pensaría que es mansa como una cordera. Pero hay momentos en los que sin duda se comporta como una leona si la provocan.

Miss Marple adoptó una expresión de duda. No se veía en el personaje que le asignaba Cherry. ¿Se había visto alguna vez así? Hizo una pausa en la reflexión y recordó varios momentos en los que se había sentido muy enfadada con Miss Bishop, no, Knight. (No podía ser que se olvidara continuamente de los nombres.) Pero su enojo se había manifestado a través de comentarios más o menos irónicos. Los leones no utilizaban la ironía, saltaban sobre su presa. Rugían. Empleaban las garras y acababan desgarrando a dentelladas a sus víctimas.

—La verdad es que no creo haberme comportado nunca de esa manera —protestó con vehemencia Miss Marple.

Aquella tarde, mientras paseaba por el jardín cada vez más irritada, volvió a considerar el tema ante la visión de una mata de dragoncillos. Le había dicho mil veces al viejo George que sólo quería dragoncillos de color amarillo azufre, y no de ese detestable tono rojizo que tanto gustaba a los jardineros.

—Amarillo azufre —exclamó Miss Marple.

Alguien al otro lado de la valla, que separaba el jardín del sendero que pasaba junto a la casa, se sintió aludido.

—¿Perdón? ¿Me decía usted algo?

—Hablabas conmigo misma —respondió Miss Marple, volviéndose para mirar por encima de la valla.

Era una persona desconocida y ella conocía a la mayoría de los habitantes de St. Mary Mead. Por lo menos, los conocía de vista. Se trataba de una mujer robusta, vestida con una falda raída, pero de buena calidad, e iba bien calzada. Llevaba un jersey verde esmeralda y una bufanda de lana.

—Es algo habitual cuando se tiene mi edad —añadió.

—Tiene usted un jardín muy bonito —comentó la desconocida.

—No se puede decir que ahora lo sea. Cuando podía atenderlo personalmente...

—Oh, ya sé. Comprendo muy bien cómo se siente. Supongo que tiene usted a uno de esos... tengo muchos nombres para describirlos, la mayoría bastante groseros... hombres mayores que creen saberlo todo de jardinería. Algunas veces es verdad, aunque otras veces no saben nada de nada. Llegan, se toman unas cuantas tazas de té y arrancan unos cuantos hierbajos sin demasiado entusiasmo. Algunos son tipos bastante agradables, pero, aun así, te sacan de tus casillas. Por cierto, yo también soy jardinera.

—¿Vive usted aquí? —preguntó Miss Marple con cierto interés.

—Me alojo en casa de una tal Mrs. Hastings. Creo que

la he oído hablar de usted. Usted es Miss Marple, ¿no es así?

—Así es.

—Estoy aquí como dama de compañía y jardinera. Por cierto, me llamo Bartlett. Miss Bartlett. La verdad es que no hay apenas nada que hacer. Mrs. Hastings participa en los concursos anuales. No hay mucho a lo que puedas hincarle el diente. —Abrió la boca y le mostró los dientes cuando hizo el comentario—. Por supuesto, también me encargo de otras tareas: la compra y cosas por el estilo. En cualquier caso, si quiere que alguien le atienda el jardín, podría arreglámelas para disponer de un par de horas para usted. Yo diría que lo haría mejor que cualquiera que tenga ahora.

—Eso sería fácil —replicó Miss Marple—. Prefiero las flores. No me interesa tener un huerto.

—Yo me ocupo del huerto de Mrs. Hastings. Es algo aburrido, pero necesario. Bien, tengo que marcharme. —Miró a la anciana de pies a cabeza como si quisiera memorizar su figura, se despidió alegremente y se alejó a buen paso.

¿Mrs. Hastings? Miss Marple no recordaba a nadie con ese nombre. Desde luego, Mrs. Hastings no era una vieja amiga. Nunca había sido una de sus amigas jardineras. Ah, por supuesto, tenía que ser alguien de las casas nuevas construidas al final de Gibraltar Road. Varias familias se habían mudado allí durante el año pasado. Miss Marple suspiró, volvió a mirar con enfado las matas de dragoncillos, vio varios hierbajos que deseó arrancar y un par de exuberantes trepadoras que le hubiera gustado atacar enseguida con la azada y, por último, sobreponiéndose como toda una dama a la creciente tentación, acabó de dar su paseo y entró en la casa. Una vez más, sus pensamientos se centraron en Mr. Rafiel. Habían sido... ¿cuál era el título de aquel libro que citaban tanto en su juventud? *Barcos que pasan en la noche*. Un título muy adecuado, ahora que lo pen-

saba. *Barcos que pasan en la noche*. Había sido durante la noche cuando ella había ido a buscarlo para pedirle..., no, para exigirle su ayuda. Para insistir, para decirle que no debía perder ni un segundo. Él había aceptado y ambos se habían puesto en marcha inmediatamente. ¿Quizá ella se había comportado como una leona en aquella ocasión? No, la comparación no era correcta. No había sido furia lo que había sentido. Había sido su insistencia en algo que se debía hacer sin tardanza. Mr. Rafael lo había comprendido.

Pobre Mr. Rafael. El barco que había pasado en la noche había sido un navío interesante. ¿Habría podido ser un hombre agradable si una se hubiera acostumbrado a su rudeza? ¡No! Meneó la cabeza. Mr. Rafael nunca habría podido ser un hombre agradable. Era hora de olvidar a Mr. Rafael.

Barcos que pasan en la noche y se hablan el uno al otro al pasar; tan sólo una señal y una voz distante en la oscuridad.

Probablemente nunca más volvería a pensar en él. Quizá miraría si *The Times* publicaba una necrológica, pero lo dudaba. No era un personaje muy conocido, no era famoso, sólo había sido muy rico. Por supuesto, se publicaban muchas necrológicas de personas sólo porque eran muy ricas; pero, a su juicio, la riqueza de Mr. Rafael no era de esa clase. No había sido un gran empresario ni un genio de las finanzas. Todo lo que había hecho en su vida había sido amasar dinero.